

RAMIRO LEDESMA Viriato

Un jefe lo es porque sus fibras vitales son especialmente aptas para la intuición y la síntesis, para la decisión, la acción y su caudillaje. Este era el destino de Ramiro, cuarto de los ocho hermanos Ledesma Ramos: y él nació cinco años después de la raya del siglo en tierras zamoranas de Castilla.

José Antonio y Ramiro son dos grandes desconocidos del pueblo español, pero éste, además, es también el gran olvidado, y no sólo de los españoles, sino también de los falangistas, que, generalmente, han caído, sin distinciones ni reservas, en la estafa sentimental del mito joseantoniano. ¿Por qué el confinamiento de Ramiro? Quizá la imagen de Ramiro, reflejo de su personalidad, resultase excesivamente, no solo severa, sino bronca y expeditiva para despertar las oportunas lágrimas, oscurecedoras del raciocinio, que a la burguesía triunfadora tanto le gusta derramar de vez en cuando.

Ramiro fue así. Especulador de lo profundo del ser y de la existencia, exacto en el análisis, sensible y poco sentimental, áspero, bronco como su misma muerte, recuerdo de Unamuno en su esfuerzo doloroso por reencontrar la vena soterrada del pueblo español centrifugadora de la indigencia espiritual, y, por esto mismo, atraído por lo heroico, lo peligroso, es decir, la vida superior, (Nietzsche cuenta mucho para él). No era extraña, pues, que para él la vida fuese lucha permanente, encarada en solitario y apasionadamente.

Ramiro fue de los que no pasaron por la vida de largo, como tantos.

Libó en ella minuto a minuto y saboreó el acre placer de hacerla a diario explorando las capas profundas de la realidad y saliendo violentamente con las respuestas a la superficie, en una castellana forma de vivir, o sea radicalmente. Razón y vitalidad, sus dos parámetros. Fue un producto vivo y anticipado del maestro Ortega y Gasset, templador de la síntesis raciovitalista.

A los titulíticos les diremos que Ramiro fue funcionario de Correos por oposición, licenciado en Filosofía Pura por Madrid, estudiante de Matemáticas y Física, colaborador en la «Gaceta Literaria» —saco anticonvencional de todas las furias intelectuales de la época, al que fueron a parar nombres como Salinas, Miró, Kafka, Max Scheller, Zuloaga, Juan Gris, Gaudí, Picasso, Rusiñol, Marañón, Pidal, Baroja, Valle Inclán, Azorín, Unamuno, Machado (A.), Ors, Karl Vossler, Americo Castro, el fundador, Giménez Caballero, y un largo rosario de nombres más—, revista a la cual llegó recomendado por el mismo Ortega, profesor de Ramiro en las aulas de filosofía.

Ramiro entra en su tercera etapa expresiva, la política como guerra, tras recorrer el camino de la literatura y el ensayo filosófico y matemático, en 1931 de manera oficial para las crónicas. Su razón profunda: fundir originariamente dos grandes verdades, la de la revolución social y la de la revolución de los valores peculiares del pueblo hispánico. Síntesis entre la materia (revolución de la infraestructura) y el espíritu (revolución moral del espíritu del hombre), no encajó, como no podía encajar, en los esquemas y estructuras desarrolladas por el sentir individualista de la burguesía, madre de lo contemporáneo: «...nosotros al margen de ellos (los hombres de la política actual), frente a ellos, más allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondos...»; «Una tarea semejante requiere ante todo la capacidad para desvincularse de los mitos fracasados».

Pero España, o lo hispánico, no es un mito fracasado, sino traicionado por tres siglos de gobernantes incapaces.

Los espíritus nacionales no son una entelequia, son algo real, elementos de la dialéctica misionera de los pueblos con poso, con abolengo de comunidad. Y es el dolor ante el maltrecho «ser» hispánico, caído de tensión, el que le lleva a recoger el mensaje del noventa y ocho avergonzado y combatiente.

El esquema inicial de categorías ideológicas sería: Lo permanente: metafísica hispánica, el ser español y su modo adquirido biológica e históricamente; lo accidental-temporal a

integrar: la corriente socialista de nuestra era; la expresión: el nacionalsindicalismo, carro de dos caballos fuertes.

Los rasgos definitorios de esa identidad hispánica intransferible son múltiples y, en buena parte, resultado de acumulación histórica, asimilada con lealtad a lo propio. El conde Keyserling es quien da una visión (tesis) original de la identidad española cuando su estancia en Madrid en 1930. El conde lituano, filósofo del intuicionismo y de lo emocional, dice: «El mundo cristiano descubrió el concepto de la espiritualidad. (...) El problema del espíritu es de toda la vida y se renueva y adquiere nuevas modalidades con el tiempo. (...) Mi primer contacto con el mundo español excitó en mí el deseo de conocer el otro reino del espíritu, el hispánico (América del Sur). (...) Se puede decir que la naturaleza sólo acata al hombre que la acata a ella. (...) El Renacimiento español (que cabe esperar), el gran Renacimiento Ibérico, no hay que apreciarlo ahora como hecho, sino como símbolo, y hay que oponerle a las inquietudes sin prejuicios de Estados Unidos y de Rusia, desprovistos en absoluto de alma». Sobre la emoción: «Si bien se mira la vida no ha sido nunca racional, sino emocional, aunque nosotros nos hayamos acostumbrados a una concepción diferente. Vivir una vida tan radicalmente opuesta al raciocinio representaría, al parecer, un gran desorden; pero si todo está sujeto a las fuerzas originales de lo humano, es indudable que esto creará también un orden, acaso distinto, pero un orden».

¿Por qué no? Todo ello es indemostrable, pero su refutación también lo es. Lenguajes distintos.

Ramiro, no obstante, formado en la espesa y rigurosa filosofía alemana, prefiere considerar en pie de igualdad el raciocinio junto a esa novedad de planteamiento de la existencia, en realidad nada nueva. Es éste un idioma unamuniano, no obstante, y por lo tanto probablemente muy hispánico. Oigamos a don Miguel: «¡En marcha, pues! Y echa del sagrado escuadrón a todos los que empiecen a estudiar el paso que habrá de llevarse en la marcha, y su compás y su ritmo. Te convertirán el escuadrón en una cuadrilla de baile, y la marcha en danza. (...) Hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones estás perdido. (...) Es preciso que te hagas odioso a los muchachos sensibles, que no ven el universo sino a través de los ojos de su novia».

Lo que distingue a Ramiro definitivamente de cualquier fascismo, aunque guste de su lenguaje viril y sus salidas de tono insolente a la delicadeza burguesa, es su índole analítica, que le permite encontrar los datos exactos de la verdad compartida allí donde se encuentren. Escuchemos esta nada fascista definición de actitud ante clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica correspondiente al marxismo. «Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto en los primeros choques» (del Manifiesto). No es exclusión, es algo más, superación. En otra parte hablará de la «rivalidad revolucionaria frente al marxismo»; rivalidad que es competir en calidades, en oferta de lo positivo.

Las ideas jonsistas, merced a la madura fecundidad de Ramiro, llegaron a la fusión, el 4 de marzo, más trabadas y concretadas; aportaron el caudal principal de la praxis nacionalsindicalista.

«Por eso el nuevo Estado admitirá como base indispensable de su estructuración la íntegra y plena autonomía de los municipios. (...) Los municipios autónomos podrán luego articularse en grandes confederaciones o comarcas...»

«El nuevo Estado torcerá el cuello al pavoroso y tremendo problema agrario. Mediante la expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas no deben ser repartidas, sino cedidas, a los campesinos mismos, para que la cultiven por sí, bajo la intervención de las entidades municipales autónomas y con tendencia a la explotación comunal y cooperativista.»

El Estado viene a ser, para Ramiro, la culminación lógica y superior, formal y culturalmente, de la progresiva vertebración territorial por municipios y comarcas; es, asimismo, desaparecidas las «supremacías morbosas» del orden nacional, el receptor y distribuidor de las fuerzas económicas —los sindicatos únicos—; vértice catalizador de las

fuerzas políticas naturales de la nación, esto es, los municipios y los sindicatos. ¿Fantasías pequeño-burguesas utopistas? Puede que sí. Volveremos a hablar de ello si fracasamos.

Ojalá sirvan estas fugaces muestras del pensamiento ramiriano para revolver las miradas hacia el tendón vital que para el nacionalsindicalismo fue Ramiro Ledesma Ramos, desgarrada cuerda sensible de los sonidos intangibles de la Tierra y de las exactas vibraciones del espíritu superior.

Su muerte a la española, cuando le llevan a fusilar, es expresiva: «A mí me matáis donde yo quiera, no donde vosotros queráis», y, dice Tomás Borrás, se abalanzó al fusil más cercano, quiso arrebatárselo al socialista; otro que estaba cerca disparó. Ramiro, como si le estallase la cabeza, estrellóse del salto contra el quicio, se desplomó. El asesino fue a él a rematarle. Polo le detuvo un momento. El cráneo de Ramiro manaba sangre y materia blanca.

[Artículo publicado en *Patria Sindicalista*. Órgano de comunicación de FE de las JONS (Auténtica), Madrid, II Época, nº 5, noviembre de 1977, p. 9]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 46